



MAIRENA PÓSTUMO

Si dais en literatos — decía Juan de Mairena a sus alumnos — quiero decir en pretensos mágicos prodigiosos de la expresión por medio de las palabras, no habeis de olvidar que lo verdaderamente taumatúrgico — *obrador* del portento — consiste en hacerse comprender por las mismas piedras de la calle. Que sea esta empresa la que tiene vuestra ambición, y no la contraria, también difícil aunque no tanto: la de enturbiarle las ideas a quienes más claras las tenían. Os digo esto pensando que no habeis de apartaros por completo del culto supersticioso a la dificultad, que es propio de los virtuosos de todas las artes.

*

Si no has *tiraillo* piedras
poquillo te va faltando.

Es manera afectuosa y andaluza, como parece indicar el diminutivo aplicado a la expresión verbal, de decir a un prójimo: Estás a punto de volverte loco para incurrir en el mayor desmán de la locura, y acaso es tiempo todavía de evitar la catástrofe. Reparad en cómo el poeta pudo decir: Poco te falta para volverte loco, que sería una expresión perfectamente lógica, intemporal, de la misma idea. Prefirió, sin embargo, la expresión temporal que alarga el presente, un presente que fluye, con el empleo del gerundio, precedido de un verbo de movimiento.

Desde un punto de vista emotivo, comprendereis que no es lo mismo decir *poco te falta* que *poco te va faltando*; porque en el primer caso se alude a un concepto, en el segundo a una viva intuición. Yo os aconsejo que mediteis sobre el empleo de los gerundios en poesía, porque los preceptistas que, fuera de sus preceptos no saben nada de nada, os hablarán contra ellos. Traedme, para el próximo día de clase, un análisis, a nuestro modo, de los versos anotados y otro sobre la siguiente estrofa de San Juan de la Cruz:

Mil gracias *derramando*,
 pasó por estos sotos con presura,
 y, *yéndolos mirando*,
 con sólo su figura,
 vestidos los dejó de su hermosura.

Reparad en la estructura temporal de estos versos, y en cómo nuestra poesía, antes de encerrarse en la cápsula barroca, o en la neoclásica, se inclina más hacia el verbo que hacia el sustantivo. Y los que tengan alguna noción de la lengua

inglesa, reparen en cómo los ingleses — un pueblo de poetas y de navegantes — se inclinan al uso y hasta al abuso del gerundio. Los franceses, en cambio, — pueblo esencialmente lógico — no dirán nunca *yo estoy haciendo*, sino *yo hago*, *me ocupo*, *me entretengo* o *me esfuerzo* en hacer, etc.

DON BLAS ZAMBRANO

Y aunque su vida murió,
nos dejó harto consuelo
su memoria.

Pláceme recordar — hubiera dicho Juan de Mairena a sus alumnos — estos versos de Don Jorge Manrique, siempre que muere algún amigo querido. Harto consuelo, en efecto, nos ha dejado Don Blas Zambrano al morir, el mejor y, acaso, el único que puede dejar un hombre cuando muere. *Se fué*, pero no *se nos fué*, quiero decir que algo suyo, muy suyo, inconfundiblemente suyo ha quedado vibrando en nuestros corazones. A este algo inconfundible y, por ello mismo, indefinible, llamo yo, *para entenderme*, la sonrisa de Don Blas.

Era Don Blas Zambrano, cuando lo conocí en Segovia, hombre maduro, frisando en los cincuenta, figura varonil aunque nada imponente, la cabeza, entre romano y florentina, muy noble. Algunos pensabamos al verle en el Nicolo Uzzano de *Donatello*. Emiliano Barral lo esculpió en piedra durísima y le llamaba — a Don Blas y a su busto en piedra — el *arquitecto del Acueducto*. Y así acabamos llamándole todos, con expresión familiar, no exenta de ironía por lo desmesurado

del anacronismo, pero que no excluía el respeto ni, mucho menos, la estimación. Don Blas sonreía satisfecho — y esto era lo más suyo — al oírse llamar así. Y yo pensaba que la calidad moral de los hombres puede medirse, con relación a su edad, por la mayor o menor cantidad de años que se quitan de encima cuando sonrían. Y en la sonrisa de Don Blas había algo perfectamente infantil.

Era Don Blas Zambrano maestro de profesión y, sobre todo, de vocación, una vocación de la cual ni él mismo parecía darse cuenta. Reparad en que los hombres más finos no suelen preciarse ni de *llamados* ni de *elegidos*. En el grupo de sus amigos abundaban los jóvenes que no habían pisado las aulas de la Escuela Normal, donde Don Blas prestaba estrictamente sus servicios oficiales, pero que preferían el trato de Don Blas al de sus viejos profesores del Instituto, de la Universidad, de las Escuelas superiores donde habían estudiado. Ninguno de ellos se llamaba discípulo de Don Blas — si alguno lo había sido en el sentido más literal de la palabra parecía no recordarlo — pero todos lo reconocían por maestro, al declarar que, en su formación espiritual, debían mucho a Don Blas, y casi nada a sus viejos profesores. Entre los amigos de Don Blas, el grupo de los nuestros, había — no lo olvidaré — un joven que terminaba sus estudios de la Escuela de Artillería. Sabíamos de él que, durante toda la carrera, había sido el primero en todas las clases, que sus profesores y sus condiscípulos lo reconocían y que ninguno, por lo demás, puso tacha en su conducta privada. Sabíamos también que, con todo ello, sus compañeros no lo estimaban, porque decían de él que carecía en absoluto de vocación militar. El mismo joven a que aludo parecía reconocerlo: a

muchos de nosotros no nos costaba gran trabajo creerlo, y pensábamos de él que, andando el tiempo, sería acaso un distinguido desertor de su oficio. Los hechos, sin embargo, vinieron un día a darnos una terrible lección. Porque la historia militar del joven teniente fué tan breve como gloriosa. Un día supimos de él que había muerto en Africa, salvando la batería que mandaba, cuando sus servidores quedaron fuera de combate, muertos los unos, y obligados fugitivos los otros. Yo pensaba ¿por qué los buenos, los mejores de esta magnífica y encantada Segovia son siempre los amigos de Don Blas? Algo hay, sin duda, y muy hondo y muy esencial en él para que este hombre nada imponente, nada *importante*, que ni siquiera es segoviano, reúna en torno suyo a la verdadera aristocracia juvenil de Segovia. Entre veras y burlas se lo dije un día: «amigo Don Blas, para saber a quién se debe tratar en este pueblo, hay que preguntar siempre si es amigo de usted» Don Blas sonreía satisfecho, con sonrisa infantil, un tanto ruborosa, una sonrisa fugaz que no interrumpía, sino en momentos reveladores, la seriedad de su rostro.

Era Don Blas un alma benevolente, quiero decir deseosa del bien, de ningún modo indulgente con lo rufín o encanallado. Acaso acompañaba a Don Blas una honda fe en que no todo ha de estar necesariamente podrido en el hombre. Por lo demás hay muchas maneras de ser maestro, y no es la peor la de saber inclinarse hacia los buenos. Quien así ejerce su magisterio a lo largo de toda su vida es, no solamente una esponja que se empapa en virtudes, sino además un magnífico instrumento de selección, y un guía seguro para los otros.

Vi a Don Blas por última vez en Barcelona, acompañado de su hija —esta María Zambrano que tanto y tan justamente

admiramos todos. Pláceme recordarlo así, ¡tan bien acompañado! Encontré a Don Blas algo envejecido para los años que yo le suponía — de sesenta y cinco a sesenta y siete — y algo físicamente decaído. Parecióme, sin embargo, que lo más suyo, lo indefinible personal que nos permite recordar y reconocer a las personas, no sólo no se había borrado en él, sino que aparecía más intacto que nunca. De tarde en tarde, como siempre, su rostro se iluminaba con aquella sonrisa de fondo, que yo interpretaba como expresión de una infantilidad deseosa y esperanzada del bien. Y hoy pienso que, si es esto lo que Don Blas trajo consigo al mundo y esto es también lo que tenía al llegar a los umbrales de la muerte, acaso sea esto, que parece dejarnos para el recuerdo, precisamente lo que él se lleva. Y ello sería en verdad consolador, si es que, como muchos pensamos, el destino de todos los hombres es aproximadamente el mismo.

DON JUAN TENORIO

Llamé al cielo y no me oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, no yo.

En estos cuatro versos de nuestro — ¡y tan nuestro! — romántico Zorrilla — sigue hablando Mairena a sus alumnos — culmina el latiguillo de nuestros actores, juntamente con el aplauso popular. Y como estos versos, como tantos otros, llevan cerca de un siglo resbalando por la piel elephantina de

nuestros delicados, me atrevo a recomendarlos a vuestra reflexión.

EL ZAPATERO Y EL REY

Reparad también en estos otros, que pone Zorrilla en boca de Don Pedro el Cruel, en su magnífico drama «El Zapatero y el Rey».

Vamos a apurar mi estrella,
sin fe, pero con valor ;
que lo que en suerte me falta
me sobra de corazón.

Comparad estos versos con las últimas palabras del gigantesco Macbeth, de Shakespeare, cuando se decide a afrontar su lucha con un adversario invencible.

LA METAFÍSICA DEL ORGULLO

Llegaremos a una verdadera metafísica del orgullo — decía Juan de Mairena a sus alumnos — el día de nuestra máxima modestia, cuando hayamos averiguado el carácter *faltusco*, la esencial insuficiencia del existir humano, y aspiremos a Dios para rendirle estrecha cuenta de nuestra conducta y a pedirle cuenta, no menos estrecha, de la suya.

ANTONIO MACHADO